



Arata Isozaki, un Pritzker más allá de la arquitectura

EL PASADO 5 de marzo conocimos al ganador del Premio Pritzker 2019, el galardón más importante del mundo de la arquitectura. El prestigio y los 100.000 dólares (unos 89.000 euros) de dotación económica recaen en esta cuadrágésima primera edición en el japonés Arata Isozaki, que a sus 87 años pasa a engrosar la selecta lista de arquitectos procedentes del país del sol naciente distinguidos con tal reconocimiento. Con un total de ocho premiados, Japón se consolida de esta manera en primera posición de este particular ranking, por delante incluso de Estados Unidos, lo que nos da idea de la capital importancia de la arquitectura nipona contemporánea.

Isokazi es un arquitecto inclasificable, que “supera el ámbito de la arquitectura para plantear cuestiones que trascienden épocas y fronteras”, según afirma el jurado del Pritzker en su comunicado oficial. En efecto, su obra refleja un profundo conocimiento de la historia y la teoría de la arquitectura, que el japonés reinventa en edificios que, décadas después de haber sido construidos, desafían las categorizaciones estilísticas para continuar resultándonos sencilla y rabiosamente contemporáneos. “Isozaki fue uno de los primeros arquitectos japoneses que construyó fuera de su país, lo que ha fraguado una obra claramente influenciada por su ciudadanía global y verdaderamente internacional”, comenta Tom Pritzker, presidente de la Fundación Hyatt, patrocinadora del galardón. “En un mundo global, la arquitectura necesita esa comunicación”, sintetiza.

El japonés, con su mezcla entre lo global y lo vernáculo, se hace con el galardón más importante de su disciplina.

Por Daniel Díez Martínez



la tutela de uno de los arquitectos japoneses más importantes de todos los tiempos, el también galardonado con el Premio Pritzker Kenzo Tange, aunque muy pronto estableció su propio estudio. Con él empezó a adquirir relevancia nacional gracias a obras como la Biblioteca de la Prefectura de Ōita (1962-1966), el Museo de Arte Moderno de Gunma (1971-1974) o el Museo Municipal de Arte Kitakyushu en Fukuoka (1972-1974). Aquellas primeras obras nos muestran a un Isozaki muy comprometido tanto con la vanguardia arquitectónica de

su tiempo como con la identidad idiosincrática de su país. Como si fueran árboles de planetas desconocidos, sus proyectos injertan una sensibilidad alegremente ultratecnológica deudora del *high-tech* con una rotundidad constructiva de vocación brutalista, a la vez que mantienen sus raíces hundidas en la delicada atención a la geometría y las transiciones espaciales de la arquitectura tradicional japonesa.

Lejos de acomodarse y limitar su actividad al lucrativo oficio de hacer realidad los proyectos que nacían de su tablero de dibujo –y que se extendían por todo el archipiélago japonés–, Isozaki también encontró

tiempo para plantear respuestas urbanísticas que debían brindar soluciones al frenesí demográfico del Japón de los años 60. De este empeño surgió La Ciudad en el Aire (1962), una utopía de crecimiento orgánico a base de estructuras colosales para el barrio

Los primeros recuerdos de Isozaki relacionados con la arquitectura se conectan, paradójicamente, con su más desoladora ausencia. Siendo solo un adolescente vivió en primera persona los horrores de la Segunda Guerra Mundial. Fue testigo de cómo la bomba atómica arrasó Hiroshima, situada a unos pocos kilómetros al otro lado de la costa de su ciudad natal, Ōita, en la isla de Kyushu, que también ardió hasta los cimientos. “Todo a mi alrededor estaba en ruinas: no había arquitectura, ni edificios, ni siquiera calles. Ya no había ciudad”, recuerda el arquitecto. “Fue entonces cuando comencé a considerar que tal vez podría aportar algo a cómo las personas podrían reconstruir sus hogares y ciudades”.

Aquella experiencia traumática y su posterior reflexión fueron lo que empujaron a Isozaki a cursar los estudios de arquitectura en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Tokio, donde se graduó en 1954. Comenzó su andadura profesional bajo

De izda. a dcha.: Museo de Arte Moderno de Gunma (1971-1974); Domus: La Casa del Hombre en A Coruña (1993-1995). Página anterior: Arata Isozaki.



de Shinjuku en Tokio, que se convertiría en la imagen emblemática del metabolismo, uno de los movimientos arquitectónicos más interesantes del siglo XX. De espíritu curioso infatigable, más de 60 años de trabajo tenaz nos han legado un vasto catálogo construido y aportes fundamentales a la teoría y el urbanismo a partir de escritos y otras propuestas utópicas, así como trabajos relevantes en otras disciplinas tales como filosofía, arte visual, diseño, música, cine y obras de teatro.

La década de 1980 supuso para Isozaki la consolidación de su estatus de gran arquitecto de proyección internacional. El MOCA - Museo de Arte Contemporáneo de Los Ángeles (1981-1986) fue su

primer proyecto fuera de Japón. Isozaki respondió al encargo con una obra atrevida, incluso para la California de los 80, que exhibía un dominio innato de la proporción y la escala en un ejercicio de ensamblaje de volúmenes puros de arenisca roja. Después del MOCA le seguirían otros trabajos igualmente sobresalientes, como el Team Disney Building (Florida, 1987-1990), la Art Tower Mito (Ibaraki, Japón, 1990), el Nara Centennial Hall (1998) y un largo etcétera hasta sus proyectos más recientes,



En el sentido de las agujas del reloj desde arriba a la izda.: Biblioteca de la Prefectura de Oita (1962-1966); MOCA - Museo de Arte Contemporáneo de Los Angeles (1981-1986); proyecto utópico de La Ciudad en el Aire (1962) para el barrio de Shinjuku en Tokio.

EN EL SENTIDO DE LAS AGUJAS DEL RELOJ: DESDE ARRIBA A LA IZDA.: YASUHIRO ISHIMOTO, CORTESÍA DE PRITZKER ARCHITECTURE PRIZE (2); YUKIO FUTAGAWA, CORTESÍA DE ARATA ISOZAKI & ASSOCIATES

DE ARRIBA ABAJO: YASUHIRO ISHIMOTO, CORTESÍA DE PRITZKER ARCHITECTURE PRIZE; HISAO SUZUKI, CORTESÍA DE PRITZKER ARCHITECTURE PRIZE



Art Tower Mito (Ibaraki, Japón, 1990). Abajo: Palau Sant Jordi en Barcelona (1983-1990).



como la Allianz Tower de Milán (2014). Éstos le sirvieron para perfilar un lenguaje arquitectónico propio y maduro, caracterizado por un compromiso inquebrantable con una relectura posmoderna y ecléctica de los elementos de composición básicos de la arquitectura: la geometría y el color.

En cierto sentido, los españoles también debemos congratularnos con este premio, ya que en varias ciudades de nuestro país podemos disfrutar de unos cuantos edificios proyectados por el flamante premio Pritzker. El

Palau Sant Jordi (1983-1990), construido con motivo de los Juegos Olímpicos de Barcelona 92, constituye un claro ejemplo del acercamiento vanguardista y fluido que el arquitecto despliega como

una interrelación de lo global con lo local. La cubierta abovedada del estadio se construyó haciendo referencia a las tradición constructiva catalana, mientras que las formas inclinadas se inspiraron en las de los templos budistas. El museo Domus: La Casa del Hombre en A Coruña (1993-1995), una de las plantas de ese *tótum revolútum* arquitectónico que es el Hotel Puerta América de Madrid (2004-2005) o el Isozaki Atea (1999-2009), un complejo de siete edificios con dos torres gemelas de 82 metros de altura junto a la ría de Bilbao, ubicado a escasos 500 metros del Museo Guggenheim –obra de otro Pritzker, Frank Gehry–, conforman un catálogo brillante de nuestra arquitectura patria con origen japonés. Arigato, maestro Isozaki. ▣